

Buenos días, desconocida

7 de la mañana suena el despertador. Una suave melodía me invita a despertarme. Apago la alarma, y tardo unos 10 minutos en abrir los ojos por completo y levantarme. Miro a mi lado, mi marido sigue acostado, su respiración es profunda, debe estar completamente dormido porque no cambia de postura ni se molesta en darme un beso de despedida.

Tengo el metro a 5 minutos de casa. No sé si por cuestión de velocidad o de ubicación pero siempre subo en el mismo vagón, el tercero empezando por el final. Solo son un par de paradas pero me siento al lado de una mujer que, ya de buena mañana, se intercambia mensajes de amor y pasión por WhatsApp. Sé que es de mala educación mirar pantallas ajenas, pero la curiosidad es tentadora y, en mi caso, una gran aliada.

Al salir del metro le escribo a mi marido. Guapo, ya entro al trabajo. Nos vemos para comer, tengo ganas de saber qué es lo que me tienes preparado.

Llevo 10 años con Gustavo. Nos conocimos de viaje en un free tour. Por aquel entonces él iba con su pareja, pero bastó un par de cruces de miradas y unas sonrisas medio tímidas, medio pícaras para saber que podría ser él. Al terminar, el guía nos pidió que cada uno de nosotros le diera al compañero de al lado la cantidad de dinero que viera correspondiente para pagar el free tour, además de 10€, Gustavo también me pasó su número de teléfono.

Buenos días, desconocido me atreví a escribirle. Los mensajes que siguieron eran intensos pero intermitentes. Gustavo tenía, además de mucha labia, una prosa poética envidiable. Cada frase que escribía te encandilaba y conseguía que te sintieras la protagonista de un bucólico cuento de hadas.

Conseguimos quedar, a escondidas, como dos adolescentes que se escapan a media noche porque el deseo y las ganas vencen al castigo que puedan ponerles sus padres. Un primer beso, una primera copa, una tentación que se va de las manos, un capricho que termina en boda, la novedad rompiendo la rutina, la ilusión frente al cariño y la comodidad, un salto al vacío que aprieta el estómago y que pese a la desconfianza no sientes que decepciona.

La chispa se esfuma, el amor se transforma, los intereses cambian, los gustos se vuelven egoístas, solitarios, independientes. La ilusión se quiebra, los ojos no brillan, el corazón no late y la vida ya no es escalofriante.

Se magnifican los defectos, imaginas tu día a día de otra manera, ya no existe el equilibrio, doy en función de lo que recibo y recibo lo que no me llena. No hay valor para la despedida porque empezar de 0 no me suma, no dar el paso significa calma, evitar el conflicto es estar en paz.

Intentar avivar una llama que con el chispear del agua se apaga. Creer que el tiempo todo lo aplaca. No hay ruido, no hay correspondencia. ¿Nos aferramos a la limitante creencia de ahogarnos en la nada?

Más viajes en metro. Miro de reojo la conversación de la chica que se sienta a mi lado.

Mis ojos se clavan en la foto de perfil de WhatsApp del contacto con el que habla.

- *Buenos días, desconocida* - le escribe. Todavía no nos conocemos pero ya tengo ganas de sumergirme en tus senos y sentir ese placer que desde hace tanto tiempo no siento. Me da mucho morbo esto que tenemos. Me siento como un adolescente porque despiertas cosas en mí que tenía ya silenciadas. Eres lo que tuve hace un tiempo con mi mujer, eso de lo que ahora no queda nada. - Leí mientras sobre mi mejilla se deslizaba una lágrima.

La foto era la de mi marido. Aquel que ya no me daba los buenos días ni se molestaba en acariciar mi lado de la cama.

Una sensación de malestar y rabia invadió todo mi ser. No me lo podía creer y al mismo tiempo sentí un gran alivio al verlo con mis propios ojos. Esa sensación que describía era tan cercana, tan real, y a la vez tan extraña.

Al llegar a casa mi marido no estaba. Había una nota en la mesa de la cocina que decía:

Guapa, toca batir mis alas y marchar a otro nido en el que volver a volar de nuevo.

Gracias por todo lo que me hiciste sentir, ahora ya no es nuestro momento. Al fin y al cabo todo es cuestión de tiempo.